



PIONEROS AMERICANOS PARA LAS "TIERRAS VIRGENES"

El capitalismo está a punto de derrumbarse, pero, según Vladimir Kudriavtzev, del Soviet Supremo, todavía pasará mucho tiempo antes de que desaparezcan sus últimos vestigios: «Doscientos años por lo menos». Mientras tanto, el diputado soviético aboga, en una entrevista concedida al «Corriere della Sera», por un reforzamiento de la cooperación entre el Este y el Oeste y la búsqueda de soluciones comunes. En un momento en que en Occidente sólo se habla de escasez, de recesión o incluso de crisis económica de gran envergadura, las palabras, favorables a la cooperación entre bloques, de Vladimir Kudriavtzev —y las de otros portavoces de la URSS— resultan necesariamente tranquilizadoras. La Unión Soviética sigue siendo visiblemente fiel a la doctrina de «distensión y "entente"» formulada por Leonidas Brejnev el pasado junio,

frente a decenas de millares de telespectadores americanos, al prometer «que ambas partes obtendrán (con esa política) un beneficio real y tangible».

Tanto los Estados Unidos como las potencias industriales de Europa y el Japón tienen hoy más necesidad que nunca de esos «beneficios reales y tangibles», para compensar las pérdidas debidas a la desaceleración de su ritmo de crecimiento económico. Sin embargo, la carrera por ellos emprendida hacia los mercados del Este en 1973, no tiene nada de espectacular, y a la política de cooperación le cuesta mucho iniciar un despegue. A fines de diciembre, la Cámara de Representantes en Washington rechazó por fuerte mayoría la propuesta de Nixon de conceder a la URSS el estatuto aduanero de «nación más favorecida», dificultando de ese modo una ampliación del comercio americano-soviético.

«Pravda» acusó inmediatamente a los congresistas de haber causado un grave perjuicio a la economía del país. Pero esa lección de patriotismo no influirá, sin duda, sobre los senadores que deben pronunciarse próximamente sobre el mismo proyecto de la Administración.

De hecho, hoy como ayer, los americanos piensan ocupar una posición de fuerza en sus negociaciones económicas con los soviéticos. Según ellos, la URSS necesita de otros para llevar a cabo de modo satisfactorio su desarrollo económico. Razón por la cual los americanos pueden dictarle ciertas condiciones políticas (como, por ejemplo, el libre desplazamiento de sus ciudadanos), así como imponerle sus propias ideas sobre la cooperación, que difieren bastante de las de Leonidas Brejnev. ¿Qué quieren y en qué se basa su convicción de que la URSS no logrará «salir del apuro» sin su ayuda?

Han sido los propios soviéticos quienes han alimentado el «dossier» correspondiente de los soviéticos. En la época de Kruschev, los soviéticos lanzaron ciertos proyectos más o menos fantásticos, y tras su caída se vieron obligados a reconocer que su economía se había resentido de aquel esfuerzo. Posteriormente, con ocasión del VIII Plan Quinquenal (1966-70), los soviéticos decidieron, con mayor serenidad, una serie de reformas administrativas, así como la explotación masiva de la Siberia, donde se hallan un 60 por 100 de sus recursos hídricos, un 75 por 100 de sus bosques, un 90 por 100 del carbón, del petróleo y el gas, y enormes cantidades de minerales diversos. Si la URSS hubiese ganado su importante apuesta, se habría convertido en un temible competidor en el mercado mundial. Pero, según confiesan los propios sovié-

Soviéticos y americanos se han puesto ya de acuerdo para explotar la Siberia en común. Todavía no lo están en cuanto a la redacción de los contratos.

tics, aquel proyecto resultó un fracaso total.

En primer lugar, la política de reestructuración de la industria impidió el que se pudiese disponer de la mano de obra indispensable para los grandes proyectos siberianos. Para seducir a los posibles candidatos a la emigración hacia el Este, los planificadores no escatimaron incentivos: primas y subvenciones en especie, billetes gratuitos, salarios sensiblemente más elevados (un 70 por 100) que la media nacional, vacaciones más largas, etcétera. A pesar de tan fuertes «estimulantes», al acabar el VIII Plan había disminuido globalmente la población siberiana. (Hay que aclarar también, en este sentido, que Siberia tiene en su haber otro récord nacional: el crecimiento demográfico natural de esa región es el más débil de toda la Unión Soviética). Durante largo tiempo, las empresas soviéticas compensarán la insuficiencia y la productividad mediante el aumento de los efectivos; para ejecutar a cualquier precio sus planes, dichas empresas reclutaban una plétórica mano de obra en las zonas rurales superpobladas. Pero hoy, aunque doscientos millones de ciudadanos soviéticos siguen viviendo en el campo, el Gobierno no puede permitirse el lujo de continuar la sangría de las

zonas rurales, pues dicha medida causaría graves perjuicios a la agricultura, cuyo funcionamiento es ya deficiente. Debido a todo ello, la explotación de Siberia sólo puede llevarse a cabo mediante el empleo de modernísimos bienes de equipo que faciliten de manera considerable la productividad. El IX Plan Quinquenal (en curso de ejecución) ha previsto, pues, una auténtica «revolución técnica y científica

diferencias de temperatura de hasta 80 grados). Entre 1966 y 1970, esos tubos representaban ya un diez por 100 del total de compras soviéticas a Occidente, y el Plan actual prevé un incremento de ese tipo de importaciones.

Otro tanto ocurre con los equipos de *dispatching* y de control electrónico del bombeo de petróleo, que han de adquirirse en el extranjero y pagarse con divisas fuer-

los precursores de la política de «distensión y cooperación». Entonces es cuando han entrado en liza los americanos. Pero éstos, ambiciosos como son, no se han contentado con el papel de simples banqueros. Los hidrocarburos soviéticos les interesan ciertamente como moneda de cambio, pero no todas las compañías norteamericanas están especializadas en el comercio del petróleo y el gas. El mercado soviético les interesa con otras condiciones: esas compañías desean producir sobre el terreno, y con licencia, gran parte de la maquinaria que necesita la URSS y exportar el resto, compartiendo con los soviéticos los beneficios. Esas compañías solicitan que se les concedan posibilidades de inversión análogas, por ejemplo, a las concedidas por los yugoslavos. En otras palabras, aceptarían una participación —aun minoritaria (49 por ciento)— en empresas mixtas, de cuya gestión se ocuparían parcialmente, y que funcionarían según las normas occidentales. Ese tipo de cooperación les interesa tanto más cuanto que, hoy por hoy, para ahorrar energía y reducir las molestias, los americanos (como, por otro lado, los europeos) prefieren no instalar en su propio territorio ciertas industrias contaminantes y devoradoras de combustibles.

Además, a los hombres de negocios americanos no les gusta tratar con los Gobiernos (ni siquiera con el propio). Ellos quisieran tener como interlocutores en el Este a los gerentes de «trusts» más o menos autónomos (y los yugoslavos han sentado también en este sector un precedente). Según los hombres de negocios norteamericanos, cualquier otro tipo de cooperación puede provocar deslealtades, y citan como ejemplo las compras de cereales que hicieron los soviéticos en 1972: al actuar a través de un centro de decisión único, los soviéticos fomentaron la competencia entre los vendedores particulares, que no presentaron un frente común. Gracias a lo cual, según los americanos, los compradores soviéticos se aprovecharon sistemáticamente de todas las ventajas del mercado libre. (Por esta misma razón, la URSS prefiere negociar con países europeos independientes entre sí en vez de con una Europa unida).

Por parte americana todo está, pues, claro: si la URSS acepta ciertas reglas del «negocio internacional», no le faltarán ni capitales, ni patentes de tecnología *made in USA*, ni maquinaria para Siberia, ni fábricas de bienes de consumo. Ahora bien, los soviéticos son los primeros en reconocer la necesidad que tienen de todo eso. A pesar de lo cual prefieren seguir comprando como antes. Si no hay más remedio que adaptarse a los méto-

K. S. Karol

ca». Para compensar la ingratitud del clima se ha proyectado la construcción, en esas zonas, de metrópolis cultural y socialmente atractivas. Pero hasta ahora nada se ha hecho en este sentido. Lo que es más, la Unión Soviética se ha visto obligada a importar, aun a costa de cargarse de deudas, la maquinaria extranjera necesaria para las perforaciones y el transporte de los productos petrolíferos. La producción soviética de acero superará a la de los Estados Unidos y, sin embargo, la industria soviética no está aún capacitada para fabricar los tubos especiales que exigen los oleoductos (especialmente en Siberia, donde se producen

tes (lo que tal vez explicaría la magnitud de las deudas contraídas por los soviéticos entre 1966 y 1970, que alcanzan los mil quinientos millones de dólares). Si la URSS se viese obligada a continuar sus compras de maquinaria y bienes de equipo al ritmo previsto por sus planes de crecimiento, su deuda exterior alcanzaría en 1980, según cálculos americanos, la nada despreciable suma de treinta y tres mil millones de dólares.

Durante el IX Plan Quinquenal se ha hecho evidente que las necesidades soviéticas de financiación superarían con mucho las necesidades de los países europeos (incluida Alemania) que han sido



A pesar de las aparentes tempestades, todo indica que 1974 se caracterizará por una más estrecha cooperación entre los dos «supergrandes». En la foto, Nixon y Brejnev brindan juntos durante la visita que realizó el primero a la capital soviética.

EN 1492 DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL FINANCIARON EL PRIMER VIAJE A AMERICA. AHORA AVIANCA LE FINANCIA EL SUYO.



Escoja lo que quiera de Hispanoamérica, se lo damos a crédito. ¿Puerto Rico? ¿Venezuela? ¿Colombia? ¿Ecuador? ¿Perú? ¿Chile?

A todos estos países viajamos directamente desde Madrid 4 veces por semana. Con nosotros le toma muy pocas horas - a Colón le tomó 70 días.

En Hispanoamérica hay de todo: oportunidades, negocios, desarrollo, industrialización, hermosas playas, descanso, excelentes hoteles, casinos, vida nocturna, países exóticos, restaurantes fabulosos, sol, diversión, montañas... mil cosas que hoy mismo estarán en sus manos con el crédito AVIANCA.

¿En qué forma? Poniéndose hoy mismo en manos de su Agente de Viajes.

Avianca

La Línea Aérea
que más conoce de Hispanoamérica



Edificio España - MADRID - Telf. 248 28 12
Avda. José Antonio, 634 - BARCELONA-7 - Telf. 231 62 76

BOGOTA
Sala de fiestas



ISLA DE SAN ANDRES
Playas de arenas doradas



PIONEROS AMERICANOS PARA LAS "TIERRAS VIRGENES"

dos americanos, se hará, pero la transición será progresiva y lenta. Leonidas Brejnev y su equipo tienen sus razones para mostrarse prudentes: no quieren dar rienda suelta a su economía —no están dispuestos a pasar de ciertos límites— ni desean que cambie la situación social de la URSS. Desde ninguno de estos puntos de vista les atrae el ejemplo yugoslavo.

De hecho, los soviéticos están, hoy por hoy, convencidos de que conseguirán de todas formas los capitales americanos que necesitan, pues la coyuntura actual de Occidente les es favorable. Los responsables soviéticos se rebelan contra ciertas alegaciones de la prensa norteamericana, que califica con frecuencia a la URSS de «gigante militar económicamente débil», y a Leonidas Brejnev de «diplomático cazador de dólares». La URSS sabe perfectamente lo que valen actualmente las materias primas que aún duermen en el subsuelo siberiano, sobre todo en unos momentos en que Occidente se enfrenta al fantasma de la recesión y el paro. Para los negociadores de las grandes compañías aún no ha llegado el momento de hacer remilgos.

«Para extraer del subsuelo de Siberia nuevas fuentes de energía —escribe el corresponsal de "L'Unité"— son precisas ingentes inversiones. Pero, participando en tan gigantesca empresa, Occidente garantizaría puestos de trabajo para sus técnicos y obreros, llamados a producir los bienes de equipo que exige la extracción de productos cada vez más escasos, y por lo tanto más cotizados, a la vez que obtendría acceso a esos productos». Este comentario resume perfectamente el punto de vista y las esperanzas de los soviéticos. «Invertid en nuestro país según las condiciones que nosotros mismos os imponemos: así obtendréis beneficios y os libraréis de vuestras contradicciones», vienen a decir en sustancia, no sin subrayar que, para ellos, la distensión y la cooperación con Occidente corresponden a una tendencia irreversible.

¿Irreversible? ¿Lo es por ambas partes? Los escépticos afirman que hasta ahora ninguno de los partidarios de la «cooperación» ha dado ningún paso en ese sentido. En el comercio exterior de los Estados Unidos, la Unión Soviética sigue ocupando una posición muy modesta, inferior a la de Suiza y España. En cifras absolutas, los resultados

siguen siendo más bien decepcionantes y no se han cumplido las esperanzas suscitadas por el viaje de Nixon a Moscú y por sus conversaciones amistosas con Brejnev en San Clemente.

Los optimistas no se desilusionan por tan poca cosa e insisten en el cambio de clima en las negociaciones americano-soviéticas. Según ellos, era ilusorio pensar que un país como la URSS pudiese adaptarse de la noche a la mañana a las normas de comercio a la americana. Es preciso darle tiempo para que se habitúe a la «gran visión de los negocios» que caracteriza a los medios económicos norteamericanos. Se han firmado ya varios contratos importantes a largo plazo; los Bancos americanos están bien representados en Moscú. El año que viene se inaugurará en la capital soviética un importante centro comercial norteamericano. Se ha creado toda una infraestructura, que permitirá muy pronto que los intercambios soviético-americanos realicen el salto cualitativo del que ambos países están realmente necesitados.

En cualquier caso, en Norteamérica se están discutiendo públicamente ambos puntos de vista sobre la cooperación soviético-norteamericana, debate que ha suscitado ya profundas divisiones políticas (ilustradas por la reciente votación en la Cámara de Representantes). ¿Se sabe acaso que en la URSS se haya producido un debate análogo? Seguro que sí se ha producido, y que allí también los «prudentes» y escépticos se oponen a quienes quisieran ir más de prisa, y no hay nada concreto que permita suponer, por ejemplo, que Leonidas Brejnev esté amenazado, en el Kremlin, por el ala todavía más proamericana que él o, por el contrario, por el ala «nacionalista», opuesta a un acercamiento a Washington.

Sólo una cosa parece cierta en realidad: las circunstancias exteriores —la escasez de petróleo y el temor a la recesión en Occidente— favorecen en primer lugar la «colusión» entre los «supergrandes». Ahora bien, la experiencia ha demostrado más de una vez que la voluntad y la necesidad de una «entente» entre países que se buscan mutuamente permiten, a la larga, superar los obstáculos acumulados en el pasado por sus viejos antagonismos. A pesar de las aparentes tempestades, resulta fácil de prever que 1974 estará marcado por una mayor cooperación entre Washington y Moscú. ■ K. S. K.

NO HAY GAS



NO HAY CALOR



NO HAY COMIDA



NO HAY DINERO



¿CONTRA QUIEN ES EL "IMPEACHMENT"?
¿CONTRA NIXON?



¿O CONTRA NOSOTROS?

